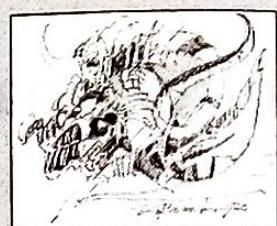


3

poetas orureños

Tres poemas al Carnaval de Oruro



Viernes de Ch'alla

Con estirpes de muerte
la liturgia caía
detrás de los licores clandestinos,
más allá de las adormideras
que estremecían las libélulas del deseo.

Con estirpes de muerte
erigían los ídolos su amenaza de olvido,
más allá de los tálamos inflamantes
y los breviarios que mentían.
su castidad y su pureza.

Con estirpes de muerte
los cohetes preanunciaban yacentes primaveras
cuando los dioses en la tarde baldía
naufragaban de espanto y soledad.

¡Con qué sigilo las algas custodiaron
salires de pecado!
¡Cómo se derrumbaron las eminencias
calcáreas de los ritos!
¡Cómo se levantaron las batallas
de los génesis macabros!

Con estirpes de muerte
las deidades nocturnas engrillaron al hombre
en una expectación de miedo y regocijo
sosteniendo en el mástil de la fe y el duelo
su destierro inconcluso.

Héctor Borda Leaño.

Mitos de Claustro

Detenida
Estacionada en el peor lugar
Suspendida en el instante más adverso
Aquí mismo
Para nosotros
Simples amigos circunstanciales
paseando por las calles
Profundos mitos de claustro
Desmesurado peso
Refundando la vida
En el traspatio olvidado del mundo
Sobre la imaginaria caja enmohecida
La máscara de moreno sonríe
Desde su media legua de lengua
Febrero anochecido a las puertas
De la virgin de la Cantilla
Para probar
En medio de llamas abrasadoras
Que el fuego del Alba no quema tanto
Como los bronces templados
para la coraza del alma.

Benjamín Chávez

La cara en la máscara

Cae la máscara sobre el rostro, la máscara que acaba fundiéndose en la cara. Un aire de eternidad el mito reconviene: la historia masculinando su irreverencia se ergue como un árbol a pesar de sus frutos. Incorporados danzamos y la muerte ha dejado de abrazarnos. Acaso todos agolpados tras la careta abarrollada, tras el rostro que no deja de encaramarse en la máscara, atravesando un puente de identidades magnánimas. La banda comienza a enardecer la mirada abrazada por los destellos; respiramos nuestro grito, nos respiramos, y al fundirnos en el hélico crece la certeza de un corazón fascinado:

¡Levantad los celos!
¡Levantad los celos!
¡Consumaos en vuestras devociones!

Con la matraca en alto y el cuerno en la siniestra, el paso nos conduce a nosotros, a nosotros que miramos, allá en la Plaza del Socavón, la Ñusta del Santuario.

Danzad para ahuyentar los maleficios, para anudar el día y la noche, danzad que la tristeza no deja de fundar una esperanza subversiva, un interregno de placer donde la voracidad de lo desconocido nos erige en un poema heroico:

Ah hombros culposos
resistid el peso
del monumento artesanal,
no dejéis que el viento venoso
os derrumbe
tiembla el cielo
y no el sueño de las prosternaciones.

Hemos aprendido a vivir transitando estas reconditeces. Algo de coca, vino, mineral y sangre nos desvela. Mientras las tubas salmodian imbalibales melodías, la boca recita fervorosas promesas. La vida y la muerte, el pasado y el futuro, el cuerpo y el espíritu, el cielo y el infierno se agitan en el sudoroso semblante. El cuerpo cimbriante ya no nos pertenece, sus apelitos se consuman en la vehemencia plural. Resplandor y deseo nuestro tránsito. El sudor nos recuerda que también somos un río de recóndilos orígenes. Mas la herida fulgura y sus bellos cantan la canción de los desposeídos.

Nacemos y morimos mientras la máscara nos luce impertérritos frente a la muchedumbre. Si, alguien nos mira agitándose con matracas y lálgos, con corpulencias inéditas labradas por la historia: caras de negros, rumores rebeldía de guñapós, proceloso gemido de los condenados. Y rotar los ojos trecentos sesenta grados para avizorar algún universo mayor, y rotar trecentos sesenta grados el cuerpo para saber qué ovaciones ostentan los suspiradores sacros. Y si hay devoción y aguardiente y lo otro, el íntimo incólume se prosterna máscara a la redonda.

Soy el liberto mayestático, el achachila erotizando su jadeo entre dos reinos, soy el sueño que suda la máscara y se perla en su denodado tránsito, soy la comba en que se instauran preces angustiadas. Pero también soy el cuerpo que asciende cual sustancia intocable hasta rematar en un sol rotundo sobre la barroca faz de la careta. Casi loando en el abismo soy mi propio cómplice, mi propio caporal, mi propio pasado que me pervive.

Algun trópico acusa este fervor, negra piel trastocada en cobrizo voz que no se apaga. Pesadas cadenas atadas a los huesos de nieblas coloniales. Oscuros hisopos salpicando de sangre el negro de la mita, ingrimes duenderas sonsacándoles infinito a la tumba, y de oscuro vino los sentidos albrician el levitante néctar de la coca. ¿Qué impenitente mirada hizo resucitar del malamado corazón nocturnal este cuerpo que se agita con paso lento sobre el pavimento vesperal?

Por la ranuras de la máscara espió la exultación del prójimo. El escarceo de su humanidad empuñando otro cetro de hirsuta algarabía. Y el deseo que maquilla sus ficciones, para abrirle con puñal de obsidiana el pecho al protocolo. Santiguándose la panza los corifeos de la fanfarria, agitan las flámulas, reinventan su carne manchada por la rutina y dan de comer y beber a quienes les dan de comer y beber con un sonido de trompeta y un olor a eternidad.

Entre la cara y la caretta hay una jeta de distancia. Me hundo en la licuefacción de los sentidos. Lenguas de fuego que se afieren a lenguajes de juego, las bolas han crecido hasta ahorcarme, un aliento lúbo y turbio es traspasado por el aliento de una idea: La plenitud es la mejor venganza contra la muerte.

"Carnaval de Oruro lo mejor del mundo"... mi voz estalla en un ¡carajo! Venal sopor como una alegoría, mientras el jadeo remonta el suspiro, el socavón ritma el alma de la respiración el corazón / la matraca / el paso y el pestaneo ebno de la tarde. La ñulla es un don para quien enciende velas al crepúsculo. Y entre oblaciones, ovaciones, filmaciones, confusiones y defilecciones, como un brujido astro cuyo asunto es este mundo, la banda Poopó, Poopó, la banda Poopó, Poopó.

Cascadas de terciopelo o piel de lobo y tempestades de seda junto al ancestral tejido de voces, bordada la lejanía en el fervor del deseo, el alma en ristre, la piel en vuelo: y yo, furioso, pleno de mí mismo, tras las mostacillas y las perlas apócrifas forjándome el instante, ¿qué soy dentro este portentoso animal pintiparado y destellante, qué negro lacónico, qué mestizada fe, qué viento subversivo?

Entrando al templo la Virgen Morena me guína
Al fuera la estrella de la mañana refleja un atardecer antiguo
Cae la máscara
Y alguien retorna con la mirada inocente
Al corazón del silencio.

Edwin Guzmán Ortiz

Héctor Borda Leaño – 1927. Ha publicado *El sapo y la serpiente* (1965), *La ch'alla* (1967), *Con rabiosa alegría* (1967), *En esta oscura tierra* (1972), *Mineros. Poemas desbandados*, *Antología mínima* (1997).

Edwin Guzmán Ortiz. 1953. Ha publicado *De/lirios* (1985), *La trama del Viento* (1993) y, *Juegos fatuos* (2007).

Benjamín Chávez. 1971. Ha publicado: *Prehistorias del Androide* (1994), *Con la misma tijera* (1999), *Santo sin devoción* (2000), *Y allá en lo alto un pedazo de cielo* (2003), *Extramuros* (2004) y *Pequeña librería de viejo* (2007).